

Vestidos así y purificados como los ángeles, estos mancebos y las jóvenes eran conducidos ante el obispo, quien invocando sobre los nuevos hijos de la Iglesia, los siete dones al Espíritu Santo, les administraba el sacramento de la confirmación.

Purificados por el bautismo, fortificados por la confirmación, venían los neófitos, cantando las letanias de los santos (de aquellos santos de quienes eran los hermanos), á asistir á la misa, donde comulgaban todos.

El nuevo cristiano marchaba despues al altar para recibir allí el pan de los ángeles, diciendo: "Yo entraré en el altar del Señor, del Dios que alegra mi juventud." A la vista del altar, cubierto de vasos de oro, de luces y de flores, de telas de seda, el neófito exclamaba con el profeta: "Vos habeis preparado una mesa ante mí: es el Señor el que me alimenta; nada me faltará, él me ha provisto de abundantes manjares." La ceremonia se terminaba por el sacrificio de la misa. Debía ser una fiesta muy augusta aquella, en que los Ambrosios concedían al pobre inocente el lugar que rehusaban al emperador culpable.

Los catecúmenos estaban divididos en tres clases.

1.^a Aquellos que deseaban convertirse de su infidelidad á la fé cristiana, escuchando la palabra de Dios en la iglesia, sin solicitar todavía el bautismo: éstos se llamaban *oidores (auditores), oyentes*.

2.^a Aquellos que despues de haber entendido la palabra evangélica, pedían ser inscritos entre los neófitos, aspirando al bautismo: se les llamaba *catecúmenos*, y también *cristianos*, porque empezaban á ser iniciados, en cierta manera en el cristianismo.

3.^a Aquellos que despues de haber cumplido el tiempo del catequismo, eran destinados á recibir el bautismo en la primera ocasión; es decir, por las Pascuas, ó Pentecostés próximos: se les nombraba *elegidos competentes (electi, competentes)*.

Los primeros asistían á la parte de misa, que se llama *misa de los catecúmenos*, y escuchaban la lectura de las santas Escrituras, y la alocución de los obispos, que seguía siempre á estas lecturas: honra que dividían con los paganos, los judíos y los herejes. Entre estos últimos se encuentran alguna vez, hombres como San Agustín antes de su conversión.

Terminado el sermón, el diácono, subiendo á un atril, decía en alta voz: Que salgan de aquí, oyentes, y los infieles. En seguida, despues de una corta pausa continuaba: **CATECUMENOS, ROGAD.** Se prosternaban, y rogaban. Hablando el diácono en nombre de ellos, enumeraba al Señor cada una de sus necesidades, de sus miserias; y la multitud, sobre todo los niños, apoyaban las palabras del diácono, con estas: Señor, tened piedad de nosotros, *Kirie eleison.* En seguida el oficiante continuaba: Catecúme-

nos, cubrios la cabeza, y recibid la bendición. Cuando todas las frentes se habían inclinado ante la Divina Majestad, el obispo, desde lo alto de las gradas del altar, bendecía á la concurrencia pronunciando esta plegaria:

"Señor Todopoderoso, increado, inaccesible, único verdadero Dios, Padre de Cristo, vuestro único Hijo, Dios del Paraclete y Señor de todas las cosas, que habeis establecido por Jesucristo los discípulos para ser los doctores de la piedad; mirad ahora á vuestros servidores que se han instruido en el Evangelio de vuestro Hijo, y dadles un corazón vivo, y renovad en sus entrañas un espíritu de rectitud, á fin de que conozcan y cumplan vuestra ley con un corazón lleno de buena voluntad; hacedlos dignos de ser iniciados en el santo bautismo, unidlos á vuestra Iglesia santa, y hacedlos participantes de vuestros santos misterios, por Jesucristo, nuestra esperanza, que ha muerto por ellos; por lo cual os sea dada gloria y adoración en el Espíritu Santo, y en todos los siglos. Amen."

Y el diácono decía: *Catecúmenos, salid.*

El número de los catecúmenos era grande en tiempo de las persecuciones, porque se atravesaban días difíciles, y los falsos hermanos, introducidos muy fácilmente en la comunidad de los fieles, habían podido pervertir los buenos.

También fué grande el número en el primer siglo de calma y tranquilidad: despues se presentaban muchos á quienes se podían atribuir motivos humanos, sobre todo, cuando los emperadores comenzaron á reconocer y adorar á Jesús crucificado: faltaba en esta época á probar aquellos que solicitaban el bautismo.

Ademas de los sermones de los obispos, á los cuales asistían, eran los catecúmenos instruidos en particular, en ciertas iglesias, por aquellos que se llamaban *catequistas*.

En Alejandría, era el célebre la escuela de los catequistas. Panténos, Clemente de Alejandría, Orígenes, estuvieron sucesivamente encargados de esta escuela.

En Cartago, San Cipriano constituyó en este empleo á Optato.

Doscientos años despues, en la misma iglesia, el diácono Deogracias lenó las mismas funciones, y á su ruego escribió San Agustín el bello tratado de *Catechisandis rudibus*.

San Gregorio de Nicea escribió también un discurso sobre el mismo objeto.

En Constantinopla, el título de *catequista*, se contaba entre las dignidades de su iglesia.

En las otras iglesias, este empleo no estaba afecto á personas scñala-

das: el celo de cada uno lo suplía. Los padrinos y madrinan eran, sobre todo, los que tenían costumbre de instruir en la religión á aquellos por quienes iban á responder en el bautismo.

Para recibir y admitir al catequismo, los antiguos examinaban la conducta de aquellos que se reunían en la iglesia á oír la palabra de Dios; y cuando se había adquirido la convicción de que querían convertirse, se les admitía en seguida en las filas de los catecúmenos.

Esta admisión se hacía por la señal de la cruz, impresa sobre la frente, y la imposición de las manos, con las plegarias análogas á la solemnidad.

Mas tarde se mezclaron muchas mas ceremonias á aquellas de que hemos hablado, como los exorcismos y las renunciaciones; pero nada de esto tuvo lugar despues en las naciones que se hicieron cristianas, y quedó solo el uso de no bautizar mas que á los niños.

La duración del catequismo no estaba fijada, y dependía solo de las disposiciones de aquellos que se presentaban. Sin embargo, el concilio de Elvira marcó *dos años* por término ordinario. Justiniano prescribió el mismo tiempo. Cuando se desconfiaba de las disposiciones de los aspirantes, se continuaba por un tercer año para aquellos que se dejaban arrastrar en los grandes escándalos; se les hacía volver á entrar en el número de los oyentes (1).

Para las mugeres, la prueba era de cinco años (2). Sin embargo, cada iglesia seguía sus usos, porque no había una regla general.

Los *catecúmenos* ya *competentes*, eran preparados para el bautismo por el ayuno y la esplicación del símbolo de los apóstoles, de la oración dominical, y de otros misterios de la religión. En las asambleas llamadas *escrutinios*, porque se examinaba la fé y las disposiciones de los que debían ser bautizados, se hacían los exorcismos en los competentes, para que el demonio los abandonase. Daban cuenta de las instrucciones recibidas, y debían recitar de corazón, el símbolo de los apóstoles y la oración dominical. Despues de lo cual, devolvían al diácono el escrito que se les había remitido para aprender, en la persuasión de que jamás había caído en manos profanas; y esto se llamaba *la tradición* ó *la entrega del símbolo*.

Hé aquí como San Agustín cuenta estas ceremonias, con motivo de la conversión del célebre profesor de retórica Victorino.

“ Cuando llegó la hora de proclamar su fé, se le propuso hacer esta profesión en secreto, á causa de su bien conocida timidez. Esta tolerancia se había dispensado alguna vez; pero Victorino quiso mejor hacerlo

(1) Concilio de Nicea.

(2) Concilio de Elvira.

que era costumbre entre los catecúmenos: subió al púlpito, y en alta voz, confesó ante la asamblea cristiana, la fé que debía conducirle á la salud; porque no era la doctrina saludable la que él enseñaba en su escuela de retórica, y sin embargo la había profesado públicamente. Despues, si no había rehusado ofrecer sus palabras al juicio de una multitud de insensatos, no debía esquivar espresarlas ante una asamblea esclarecida y pacífica.

“ Luego que estuvo colocado sobre las gradas desde donde se debía hacer oír, un murmullo de aprobación se elevó entre toda la multitud, y su nombre salió de la boca de todos los que le conocían. ¿ Pero de quien no era conocido en esta asamblea? Así, por un trasporte unánime de alegría, apenas contenido, cada uno gritaba: ¡ Es Victorino. . . . Es Victorino! Su presencia había escitado súbitamente este estremecimiento de alegría. . . . el deseo de oírlo restableció el silencio. Despues pronunció con una voz llena de seguridad la fórmula que lo ligaba á la verdadera fé. . . . En este momento, todos sus oyentes hubieran querido levantarlo, para ponerlo en sus corazones, y en efecto, lo colocaban allí por sus trasportes de amor y de alegría, con que parecían estrecharlo. ”

Al elevarse en el mundo el astro radioso del cristianismo, ha esparcido al mismo tiempo una moral divina, y una casta y celeste poesía. Entre los pueblos idólatras, la razón humana era sin cesar sacrificada á las ficciones de niño, á los *cuentos mitológicos*. Bajo la ley de Jesucristo, nada hay semejante; la sabiduría eterna domina todo lo que la iglesia instituye, enseña y manda.

Esta prudencia, esta ternura maternal de nuestra santa religión, se encuentran á cada página del ritual de las ceremonias: se siente uno conmovido al leerlas, estudiando todas las precauciones tomadas en cuanto concierne á la administración de los sacramentos.

Con el conocimiento que ella tiene de lo versátil de nuestro corazón, y de la futilidad de nuestra imaginación, ha luchado contra la inconstancia de nuestra memoria, tan contrariada, tan aturdida por el estruendo mundano, para apoderarse de nuestro *ser tan variable*; ha reunido las imágenes que mas chocan á nuestros sentidos, las lecciones que nuestra alma deba siempre recordar. En todo pone la cruz sobre nuestros pensamientos, para que el viento de las pasiones no los disperse ni los arrase.

La muger fuerte de la Escritura, desciende á los mas pequeños detalles para la subsistencia y orden de su casa; la religión católica hace lo mismo: hija del cielo, abandona á cada momento las celestes alturas, para ponerse á nuestro nivel.

Hé aquí lo que se encuentra en el ritual.

“ El uso de los padrinos y madrinas parece venir desde los apóstoles, y ser así tan antiguo como la Iglesia: su encargo que no tiene lugar en el bautismo, sino cuando se administra solemnemente, es el de presentar á la iglesia aquellos que deben recibirlo, sean niños ó adultos, responder por ellos, y tenerlos sobre las sagradas fuentes. Son de alguna manera los padres espirituales, porque ellos contribuyen á su regeneracion: tambien contraen una especie de alianza con ellos y con sus padres, que hace, que el padrino no pueda sin dispensa casar con su ahijada, ni con la madre de su ahijada, y que la madrina no puede igualmente casar con su ahijado, ni con el padre de él. Aquel que administra el bautismo contrae la misma afinidad con la persona bautizada y sus padres.

“ Cualquiera otro que no sean las personas dichas, que ponga la mano en el niño mientras es bautizado, no contrae este parentesco espiritual; sino solo aquellos que tienen á los niños en las fuentes bautismales, desempeñando el padrinzgo. Lo mismo sucede con los que tienen un niño, á quien no se hace más que suplir las ceremonias del bautismo (*bautismo de necesidad*), ó que por ignorancia de las reglas, hayan tomado el carácter de padrinos en un bautismo hecho fuera de la iglesia y sin solemnidad.

“ A fin de no multiplicar estos parentescos, no se admitirá mas que un padrino y una madrina por cada bautismo, conforme al decreto del concilio de Trento. Como están obligados á responder por el bautizado y á instruirle en defecto de sus padres, deben tener una edad suficiente, ser de buenas costumbres, y saber la doctrina cristiana: seria de desear que estuviesen confirmados; y se observará que los padrinos hayan hecho su primera comunión.

“ Esto es en lo que deberán los curas fijar su atencion luego que se les venga á hablar para un bautismo: se informarán de las personas escojidas para tener al niño; les interrogarán si dudan de su capacidad, y rehusarán absolutamente aquellos que no sean dignos, como los infieles, los herejes, los excomulgados, los pecadores públicos, escandalosos, los que no *hayan cumplido con la Iglesia*, los que ignoren los principales misterios de la fé, el símbolo de los apóstoles, la oracion dominical, los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia; y les es prohibido admitir á los insensatos, las personas desconocidas, y los niños impúberes. Si en el bautismo de un niño, el padrino tiene cerca de catorce años, se podrá recibir por madrina una niña de siete á ocho: si es una niña la que se bautiza, podrá recibir por padrino á un jóven de siete á ocho años, mientras que la madrina no debe tener menos de doce.

“ Segun los cánones de la Iglesia los religiosos, las religiosas, y los

eclesiásticos que tengan cura de almas, no pueden ser padrinos ni madrinas respectivamente.

“ Los párrocos no permitirán que se pongan *nombres profanos*, sino solamente *nombres de santos y de santas*, reconocidos por la Iglesia, que pueden los bautizados proponerse por modelos, y tener en el cielo por intercesores para con Dios.”

Me he detenido en esta cita del ritual, para hacer ver á los enemigos de nuestra santa religion, cuánto son injustos y calumniadores, cuando enseñan á la juventud de nuestra época, que se hace una granjeria con la moral y la paz de las familias, y que *se trata del interes de sus ministros, siempre ávidos y ambiciosos*. En todas estas precauciones, en todas estas medidas de prudencia y de sabiduría, que el ritual enseña y manda á los párrocos respecto de los padrinos, ¿quién no ve una solicitud toda maternal de la religion? Los padres del niño que han llevado al bautisterio, pueden ser de un momento á otro arrancados de esta tierra, con razon nombrada *valle de lágrimas*. El recién nacido queda huérfano desde sus primeros dias: ¿qué sucederia, si sus padrinos, que están encargados de ser sus guias y sosten, son de esas gentes sin moral, sin honor, sin creencia y sin Dios? El primer aislamiento del niño, lo ha causado la muerte; el segundo, será la obra de la indiferencia y de la deslealtad.

He dicho *deslealtad*, porque es *desleal*, dejar caer en el olvido las promesas que se han hecho ante Dios y ante los hombres: ¿y qué promesas mas solemnes, mas sagradas, que aquellas pronunciadas en alta é inteligible voz por los padrinos que llevan á las fuentes bautismales el niño de sus parientes ó de sus amigos? Promesa de no dar mas que ejemplos de virtud al nuevo cristiano que va á crecer: este compromiso se ha contraído ante el altar del *Dios de la verdad*; allí es donde han prestado las fianzas y garantías de la pequeña y frágil criatura cuya voz carece todavía de palabras. Es para ella, para quien han pedido el bautismo; por ella, por quien han declarado, querer vivir y morir en la fé Católica, Apostólica, Romana; por ella han recitado, aproximándose á la piscina sagrada, el símbolo de los apóstoles y la oracion dominical; por ella han recibido las lecciones y escuchado los consejos del sacerdote, que les ha repetido con la autoridad de su santo ministerio, que el carácter de padres espirituales es indeleble y sagrado, y que ambos deben conservar por su ahijado, que va á entrar en la vida, un interes y una afección paternal.

Semejante acto, ejecutado en la casa de Dios, no puede sin grave pecado olvidarse. La Iglesia, inspirada desde lo alto, ha tomado contra este olvido todas las precauciones posibles: así se ven, en la cita que acabo de trascribir, todos aquellos que señala como indignos de ser investidos

de la paternidad espiritual. Quiere que los padrinos sean escogidos en medio de los *fieles*, *creyendo en nuestro Señor Jesucristo, y practicando las obras del Evangelio*.

Ciertamente seria de desear, que la misión de los padrinos fuese mejor comprendida de lo que es en el día por lo regular: sí; yo quisiera que los padres, antes de resolverse, investigasen si aquellos á quienes quieren conceder una parte de su autoridad sobre su hijo, son verdaderamente dignos de esta alta prueba de confianza. Yo quisiera que aquellos que deben en seguida sostener los cristianos en los combates de la tierra contra el cielo, no fuesen solamente de esos hombres que el mundo llama *sujetos honrados*; sino de aquellos que Cristo reconocerá por verdaderos cristianos el gran día de la remuneracion.

Pero ¡ay! ¿en qué país escojeria, si se exijiese tanto como yo deseo? La indiferencia religiosa se ha estendido como una atmósfera que narcotiza; ha marchitado tantos corazones generosos, ha hecho inclinar tantas frentes, otras veces tan radiosas y puras, ha hecho degenerar tantas reputaciones, muy gloriosas en su origen, ha arrebatado tantos consuelos al pobre pueblo, que yo, sin maldecir á los cultivadores de la impiedad, no podria contemplar la huella desastrosa que han dejado á su paso.

Yo no apruebo el uso adoptado por muchas familias, que prefieren para padrinos, niños tartamudeando apenas el lenguaje de la razon, que nada comprenden de los graves compromisos que van á contraer, y que deberán *desempeñar* un día. ¡Jóvenes inocentes, que no ven en el bautismo mas que el cirio encendido que el sacerdote les dá á sujetar, los encajes y listones rosados ó azules que forman el adorno de su ahijado, y los cartuchos de confites que tienen que distribuir á todos aquellos que han sido convidados á la bella y alegre ceremonia!

¡Pobres niños! Cuando el recién nacido que han cargado sobre las fuentes, y de quien son los *tutores*, comience á crecer, no verá en ellos mas que sus hermanos, sus hermanas, los compañeros de sus juegos. Pero la autoridad es en sí misma tan respetable, que yo deseara que donde quiera que ella existiese, desde luego y naturalmente exigiera nuestros respetos.

En el mundo, tal como lo vemos al presente, dos sentimientos dictan con frecuencia la eleccion del padrino: el orgullo de su nombre, y el interés de fortuna. Dando por protectores á sus hijos, los grandes y poderosos del siglo que la vulgaridad señala, los padres y madres se engañan bien á menudo: porque, ¿dónde hay bajo el sol cosa mas frágil, que eso que llaman las *grandes existencias*? ¿No vemos al infatigable nive-

lador, en su marcha incesante, hollarlas pulverizarlas bajo sus piés, y no quedar de ellas mas que un vano polvo?

En Bretaña existe una costumbre, que demuestra mejor que todas las frases liberales, cuánto comprenden la *igualdad* estas provincias verdaderamente católicas. Apenas tenia un medio siglo este leal país, cuando entre las mas nobles familias, así que les nacia un niño, le buscaban frecuentemente sus padrinos entre los paisanos del pueblo.

Viendo honrar así los cultivadores, los lacayos, los criados, la servidumbre de los castillos, aprender á considerar, á respetar los hombres las alquerías, los padres, y sustentadores del país; y el jóven descendiente de los caballeros, se conyence al mismo tiempo, de que todos los hombres, nobles ó labradores, son hijos de un mismo padre; que todos tienen sus ángeles para guardarlos, y los mismos derechos á la herencia celeste.

El padrino es el protector acá abajo; es el que debe reemplazar á los padres del nuevo bautizado, si arrebatándolos la muerte, lo dejan huérfano antes de ser hombre. A los ojos del mundo, este no es mas que un tutor moral; pero á los de la religion, que es mas maternal que todas las madres, no es esto suficiente: así, desde el primer día que el niño es llevado al bautismo, ella le asegura un patrono celestial en el mismo cielo. El hombre y la muger, que lo han tenido sobre las fuentes bautismales, no pueden llamarlo por el nombre de familia que lo distingue en sociedad. Sobre el *libro de la vida*, sobre la *lista de los santos*, es donde los padres y los padrinos deben escojer los nombres que quieren dar al nuevo cristiano á su entrada en la vida.

Los anales profanos no tienen glorias tan puras con que honrar á los que ponen bajo su sombra. ¡Ay! La gloria humana, no es frecuentemente mas, que la altiva encina, atrayendo el rayo sobre el imprudente que viene á abrigarse bajo sus ramas seculares; pero los amigos de Dios, los felices habitantes de la Jerusalem celeste, esos hombres nuestros hermanos, que no han sido elevados á aquella altura, sino por las pruebas, las desgracias y contrariedades que han sufrido acá abajo; que han sido los escalones, las gradas, para llegar á la santidad, á la gloria eterna, esos son nuestros protectores allá, y es justo, como es útil, darnos sus nombres. ¡Hidalga obligacion; un nombre obliga tambien!

Desde nuestras primeras lecciones, cuando nuestra madre nos enseña á adorar á Dios, á rogar á la Virgen, ¿no nos enseña tambien, para que séamos sabios, para guardarnos puros, á invocar por mañana y noche á nuestro santo patrono? Para escitarnos á la virtud, ¿no nos curnta alguna vez, la vida del bienaventurado de quien tenemos el nombre?

¡ Oh ! ; Cuántas historias bellas, grandes, patéticas, hay en la *vida de los santos* ! En este libro, que toda familia católica debía tener despues del *Antiguo y Nuevo Testamento* (la Biblia), ; cuántas lecciones, aun mas que eso, cuántos buenos ejemplos para todo el que exista en el mundo ! En esas páginas encontramos modelos para todas las clases, para todos los rangos ; para el mas pequeño como para el mas grande ; para aquel que nada posee y no tiene mas que una piedra sobre que reposar su cabeza, como para aquel que vive contento y gozoso con sus hijos sobre el campo hereditario ; para el presidario cargado de cadenas, arrastrando su bala en la mazmorra, como para el administrador honrado con la confianza de su rey ; para el soldado bajo su bandera, como para el religioso bajo el estandarte de la Cruz ; para el hombre profano, como para el trapense ; para el pobre centenario, como para el millonario ; para el preso por la justicia, como para el magistrado ; para la gran señora, en su castillo rodeada de torres, como para la muger labriega bajo el techo de paja de su cabaña ; para la jóven que vive en la riqueza halagada por los cariños maternales, como para la desgraciada huérfana que va por los caminos implorando la piedad y pidiendo una limosna ; para aquel á quien todo sonríe, como para el infortunado que vive con el corazon lleno de amargura ; para el artesano, y el campesino ; para el sabio que ha penetrado en las profundidades de la ciencia, como para el idiota que no sabe mas que *el Padre nuestro* ; para el lego, y el sacerdote ; para el religioso llorando y trabajando en el silencio del claustro, y el prelado bendiciendo el pueblo desde su solio archiepiscopal ; para la hermana de la caridad, como para la hija del rey ; para el ciudadano, como para el monarca ; para el gefe de un taller, como para el de un génito ; para el emperador que tiene derecho á la corona cerrada, el globo de oro, la larga espada y la mano de justicia, como para el pontífice, que lleva la tiara de triple diadema y tiene las llaves y el anillo de San Pedro : á todos estos *bautizados*, los unos ilustres, los otros oscuros, pero todos destinados á pasar tarde ó temprano por la abatida puerta de la tumba para llegar á la inmortalidad, ha querido la Iglesia darles patronos.

En los primeros dias del cristianismo, no se buscaba para los catecúmenos y recién nacidos, mas que los nombres de los apóstoles y de los discípulos de Jesucristo. Para los cristianos primitivos, los nombres de Juan Bautista, José, Zacarías, Isabel, María, Marta, Magdalena, Lázaro, Pedro, Pablo, Andrés, Santiago, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Juan, Lúcas, Márcos, Simon, Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Cosme, Damian, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicitas, Perpetua, Agueda, Lúcas-

Angélica, Cecilia, Anastasio, eran no solamente nombres venerados, si no tambien nombres contemporáneos y de amigos. Los ancianos de la comunidad de los fieles, se acordaban de haberles oido confesar la nueva fé, y de haberlos visto morir sellando con su sangre su divina creencia. El dulce perfume de los méritos de todas estas almas, que para llegar al cielo han atravesado la vida como blancas palomas, ó que como valerosos atletas se han hecho inmolar en la arena por los tigres y por las panteras ; este olor de santidad, no habia tenido aún tiempo de evaporarse en medio de la familia cristiana, duraba todavía como el olor del incienso que embalsama el templo despues del sacrificio. Tambien acordándose, se les queria imitar.

El pecador que no habia confesado altamente su fé en Cristo, aspiraba á la contricion con las lágrimas incesantes de San Pedro, de quien habia recibido el nombre. Aquel que se llamaba Pablo, pedia al cielo el valor y el celo ardiente del convertido de Damasco.

El neófito que no se sentia asegurado en la fé, invocaba al Dios del apóstol Tomás, suplicándole se le apareciese para borrar de su alma toda incredulidad.

El adolecente á quien el bautismo habia dado el nombre de Juan Evangelista, luchaba contra sus nacientes pasiones, para permanecer casto y puro, como el *amigo del corazon* del divino Hijo de María.

Los ángeles, los arcángeles, como Rafael, Gabriel y Miguel, tambien son escojidos por patronos de los bautizados ; pero como quiera que estos espíritus celestes, por su rango en el cielo, sean solo poderosos intercesores, se dá su nombre con menos frecuencia que el de los santos. Cuando se reflexiona en esto, se ve el por qué se prefiere el mas humilde, el mas ignorado de los santos del calendario, al mas glorioso de los gefes de la milicia del Altísimo. El sér que ha sufrido, sabe compadecer mejor que aquel que nunca ha sido desgraciado. Los bienaventurados que el bautismo ha hecho nuestros patronos, antes de gozar de la felicidad que Dios asegura á sus elejidos, han sufrido los mismos males que nosotros. Nuestras inquietudes, nuestras angustias, todas les son conocidas, y las han probado ; deben, pues, tener para nosotros una *piedad de hermanos*, que los ángeles no pueden ni conocer ni sentir tan bien, como aquellos que han sufrido y llorado antes que nosotros en este valle de lágrimas.

Cuando la llama de la fé no ha iluminado ya en todas las almas con sus vivas claridades, cuando la sagrada fé ha comenzado á debilitar sus divinos ardores, se han encontrado cristianos que han preferido dar á sus hijos nombres tomados en la antigüedad pagana. Los orgullosos han desdeñado para sus hijos los nombres de los apóstoles y de los discípulos